

Learning from Guayaquil

Juan Carlos Bamba¹

Jorge Ordóñez García²

Alejandro Jesús González Cruz³

Filiberto Viteri Chávez⁴

Félix Chunga de la Torre⁵

Florencio Compte Guerrero⁶

Ignacio de Teresa Fernández-Casas⁷

1 Arquitecto. Máster en Proyectos Arquitectónicos Avanzados por la Universidad Politécnica de Madrid. Docente e investigador de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Correo electrónico: juan.bamba@cu.ucsg.edu.ec.

2 Arquitecto. Magister en Proyectos Arquitectónicos por la Universidad de Cuenca. Docente e investigador de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Correo electrónico: jorge.ordonez@cu.ucsg.edu.ec.

3 Arquitecto. Máster en Proyectos Arquitectónicos Avanzados por la Universidad Politécnica de Madrid. Docente e investigador de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Correo electrónico: alejandrogonzalez01@cu.ucsg.edu.ec.

4 Arquitecto. Master en Arquitectura por la Universidad de Illinois (USA); Master en Ciencias en Diseño Urbano por la Universidad de Columbia (USA). Docente e investigador de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Correo electrónico: filiberto.viteri@cu.ucsg.edu.ec.

5 Arquitecto. Master en Urbanismo y Planificación Estratégica por la Universidad de Lovaina (Bélgica). Docente e investigador de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Correo electrónico: felix.chunga@cu.ucsg.edu.ec.

6 Arquitecto. Doctor en Diseño por la Universidad de Palermo, Argentina. Docente e investigador en la Línea de Patrimonio Urbano y Arquitectónico en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Ecuador. Correo electrónico: florencio.compte@cu.ucsg.edu.ec.

7 Arquitecto. Master en Proyectos Arquitectónicos y en Teoría y Crítica por la Universidad Politécnica de Madrid. Correo electrónico: ignaciodeTERESA@gmail.com.

Procesos urbanos acelerados: Guayaquil una ciudad laboratorio

Juan Carlos Bamba



Figura 1. Conjunto habitacional Socio vivienda.

Fuente: Miduvi, Guayaquil, 2015.

Un estudio sobre la ciudad de Guayaquil en la contemporaneidad no puede sino preguntarse -y no desde la visión del historiador- cuáles han sido los detonantes que la han constituido y el porqué de su naturaleza compleja, ambigua y casi contradictoria. La escasez de espacios de reflexión crítica sobre esta ciudad dio consistencia a la idea de organizar un evento académico donde un grupo de docentes de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, especializados en diferentes líneas de investigación, pudieran reunirse para discutir temas nucleares de la ciudad y el territorio.

Guayaquil es una ciudad portuaria, y quizás por eso, aunque no sea la capital del país, tiene la mayor población del Ecuador. Es una ciudad que perdió, por causa de los incendios, gran parte de su patrimonio colonial, y por tanto la memoria de la ciudad fundacional, al igual que ha perdido su patrimonio paisajístico -montes y esteros- conforme crece, ya que para desarrollarse como urbe ha necesitado destruir unos para rellenar los otros. Estos procesos contrarios pero convergentes de creación y destrucción se han producido desde sus inicios y actualmente son más acelerados.

La fundación de la ciudad colonial se produce *ex novo* en el año 1547, siguiendo el orden de la retícula que imponían las Leyes de Indias, en un contexto en el que se construía vivienda a vivienda sin la participación de los arquitectos. El Gran Incendio de 1896 destruye prácticamente la totalidad de la ciudad y con ello su historia representada en el trazado urbano. En el primer cuarto del siglo XX, antes de que la modernidad hiciera su entrada tardía, se construyen grandes infraestructuras y edificios gubernamentales de estilo neoclásico que alientan la recuperación económica y simbólica de la ciudad. Tras unas décadas de estancamiento, los planes habitacionales de vivienda social de mediados del siglo XX, promovidos primero por el boom cacaotero, y después, por el boom bananero, aportan a la reconstrucción de la ciudad con objetos arquitectónicos pertenecientes a modelos internacionales que cuestionan la manzana cerrada, planteando el debate sobre la forma urbana

con un amplio catálogo de espacios colectivos de diferentes escalas, que reinterpretan el tejido urbano existente. Aparece, entonces, la figura del arquitecto moderno que proyecta la vivienda y el espacio público de forma integral.

Tras este periodo, Guayaquil entra en un proceso acelerado por el boom petrolero que produce formas de crecimiento urbano contrarias: el desorden de la ciudad ilegal de los asentamientos informales convive con el orden de la ciudad legal de las ciudadelas privadas. En los escenarios informales, el usuario autoconstruye la diversidad desde la unidad de vivienda, y la comunidad desde los espacios libres elegidos sin imposiciones; mientras tanto, en los guetos producidos por el urbanismo inmobiliario, los promotores repiten de forma mecánica tipos de vivienda y pautan el comportamiento en los espacios públicos con mecanismos de control.

En Guayaquil, como en otras ciudades latinoamericanas, se produce una creciente dicotomía o polarización entre la vivienda privada de las clases altas y la vivienda de interés social de las clases medias-bajas, simbolizada por la proliferación de urbanizaciones privadas que fragmentan y segregan el espacio urbano. El crecimiento de las ciudadelas desconectadas de la ciudad es además paralelo al deterioro de los espacios urbanos dominados por la vivienda social. Este endurecimiento de los límites entre el espacio público y privado supone la progresiva desaparición del papel de lo colectivo como articulador del espacio urbano y generador de las relaciones necesarias para construir comunidades y barrios seguros.

Según autores como Alan Gilbert (1997), la región latinoamericana presenta notables semejanzas —y ciertas diferencias— entre sus grandes ciudades; podríamos decir que esta sería una visión longitudinal o meridional que encuentra características comunes a lo largo de una región: Guayaquil como una ciudad con características comunes, por ejemplo, a Lima o Medellín. Por su parte, Rem Koolhaas (1997) afirma que la “ciudad genérica” va camino al sur —alejándose del norte— en una visión que encuentra similitudes entre ciudades localizadas en la misma franja: el Ecuador terrestre; las semejanzas se dan, entonces, entre ciudades situadas en el mismo paralelo o latitud: Guayaquil como una ciudad con características comunes a Bangkok o Shangai.

Las ciudades latinoamericanas poseen patrones de desarrollo y crecimiento urbano muy similares: los niveles de pobreza varían, siempre existe el dominio del automóvil que segrega y sectoriza, la escala humana que ofrece la calle se diluye y el comercio informal invade los espacios públicos. Sin embargo, diferentes particularidades hacen que una ciudad no sea igual a otra: su lugar, historia, cultura y economía dibujan esta realidad específica. Guayaquil encaja en esta descripción, destacando entre sus características definitorias su naturaleza portuaria, estar situada sobre esteros y manglares, el exigente clima tropical y su importancia como capital económica del Ecuador.

Partiendo de estas premisas, se desarrolla este documento que pone a la ciudad de Guayaquil en el centro del debate,

estableciendo un diagnóstico que no busca ofrecer soluciones concretas sino aproximaciones teórico-prácticas. Se exploran las características de la ciudad a través de trabajos realizados por los docentes en sus cátedras o en proyectos de investigación.

En los textos presentados se realiza una disección de la ciudad de Guayaquil; el contenido se organiza en temas relativos al espacio público, las infraestructuras, el fenómeno del “*sprawl*”, la vivienda, el patrimonio y la informalidad; elementos que parecen estar disociados pero que verdaderamente se interrelacionan dentro del complejo sistema que conforma la ciudad, logrando así una crítica holística y ejemplificada que permite comprender mejor la realidad actual de la ciudad de Guayaquil.

Este documento no se posiciona, sino que más bien reacciona a la realidad, a las certezas que surgen del estudio objetivo de la ciudad desde una visión positivista que pretende, simplemente, aprender, como ya hicieron en su momento Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour (1998) en su libro “*Learning from Las Vegas*”. Una mirada contemporánea de la ciudad de Guayaquil debe entender ésta como un laboratorio que ha experimentado procesos urbanos acelerados que ponen en crisis el modelo de desarrollo actual y busca nuevas prácticas que generen una ciudad más compacta, densa y diversa.

Referencias Bibliográficas

Gilbert, A. (1997). *La ciudad latinoamericana*. México: Siglo XXI Editores.

Koolhaas, R. (2006). *La ciudad genérica*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Venturi, R.; Scott Brown, D.; Izenour, S. (1998) 1977. *Learning from Las Vegas*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

La ciudad artificial. El espacio público se vende por separado

Jorge Ordoñez García

La vida entre los edificios es, potencialmente, un proceso que se refuerza a sí mismo. Cuando alguien comienza a hacer algo, hay una clara tendencia a que otros se unan, bien para participar ellos mismos o sólo para presenciar lo que hacen los demás. De este modo, los individuos y los acontecimientos pueden influirse y estimularse mutuamente. Una vez iniciado este proceso, la actividad total es casi siempre mayor y más compleja que la suma de las actividades parciales existentes al principio”. (Gehl, 2006)

Guayaquil, hace cincuenta años, permanecía natural, dialogaba cotidianamente con el río, con el cerro, con su gente, tenía



Figura 1. Montaje alegórico del juego Lego City, espacio público para llevar. Fuente: Jorge Ordoñez, 2016.

características de una ciudad en crecimiento; activa, permeable, amigable, caminable, con espacios donde la interacción entre ciudadanos y las actividades en planta baja se producían de una manera recíproca. La dinámica de los elementos que conformaban el espacio urbano permitía reconocerse y coexistir. La escala humana, la escala de la ciudad promulgaba las actividades cotidianas, cívicas, comerciales, sociales; el ciudadano se sentía parte y dueño de su urbe. En un mismo “ecosistema” podían cohabitar peatón, comerciante, bicicleta, vehículo, sombra y vegetación, sin tener límites físicos ni de otra índole que lo impidieran. Estos espacios urbanos que se manifestaban de manera natural poco a poco se fueron contaminando de referencias externas y extremas. La ilusión de una ciudad contemporánea llena de luces y colores arrastró a nuestra urbe a darle la espalda a sus aliados históricos: la calle, la plaza, el parque, el agua, la gente; y empujó a los ciudadanos a “refugiarse” en escenarios artificiales, en reproducciones de una ciudad falsa que encerraban las actividades comerciales en edificios sin espíritu urbano.

La falta de espacios recreativos, como parques y plazas, encontraron en estas edificaciones la seguridad que la ciudad les había quitado. Caminar en cajas sin luz y aire natural, hizo que los procesos de cohesión social se distorsionaran de tal manera que se equipararon a los de las granjas de criaderos avícolas, donde los circuitos peatonales y de encuentro son diseñados para la mera producción y explotación del capital. La gente olvidó reconocerse, las cotidianidades quedaron sin la base de la costumbre, del poder oler el pan que sale del horno a la misma hora, todos los días, aniquilando el patrimonio intangible; la experiencia de ciudad poco a poco murió asfixiada. Posteriormente, el patrimonio arquitectónico guayaquileño fue rescatado bajo la técnica de la “taxidermia” para ser re-agrupado fuera de contexto, amarrado a una nostalgia *mainstream* y sin esencia.

Acostumbrados a estas acciones los ciudadanos han sido domesticados hasta el punto de aceptar que la ciudad es esto y que las actividades urbanas se deben desarrollar de esta manera. Los límites en el espacio público aparecen como segregadores

de actividades, clases sociales y económicas. Juez y parte de una lucha del usuario por pertenecer y ser dueño de la ciudad. Estos límites se ven traducidos en elementos que influyen en las dinámicas sociales de la ciudad, sin entender que las acciones urbanas son naturalmente desarrolladas por las personas en sus actividades cotidianas; que se le permita poder comprar el periódico, tomar una cerveza sentado junto al río, que una pareja pueda demostrar su amor con un beso en el parque, que la gente pueda expresarse sin que piense que su comportamiento natural es incompatible con la naturaleza de la ciudad.

La relación con la ciudad comienza desde el portal de nuestra casa, desde satisfacer las necesidades de espacio, de interacción, desde la posibilidad de relacionarse con otros. El espacio público en Guayaquil se desarrolla como un elemento para el uso puntual, mandatorio, restringido y efímero. Un juguete prestado que solo sirve en las grandes fiestas, usado como espacios “vitrina” que no se articulan con la acera ni la calle, y desprecian a la ciudad como escenario de acción. El guayaquileño debe apropiarse del espacio cedido al vehículo para devolvérselo a su gente, a la ciudad, a su entorno natural, a las actividades culturales, al intercambio de experiencias. En definitiva, a la integración en todos los niveles, a no sentir miedo de actuar en la calle, de sentir la ciudad.

Referencias Bibliográficas

Gehl, J. (2006). *La Humanización del Espacio Urbano: La Vida Social entre los Edificios*. Madrid: Reverte.

Semilla Genérica: Talleres de participación con la comunidad como facilitadores de infraestructura social en la ciudad de Guayaquil

Alejandro Jesús González Cruz

...han sido planeadas como si diversos ecos, esporas, tropos y semillas hubiesen caído en la tierra al azar como en la naturaleza, hubiesen arraigado y ahora formasen un conjunto: una reserva de genes. (Koolhaas, 2011, p. 26)

Del 17 al 20 de octubre de 2016, en la ciudad de Quito, capital del Ecuador, tuvo lugar la Tercera Conferencia Internacional sobre Vivienda y Desarrollo Urbano Sostenible (Hábitat III), acontecimiento preparado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con el objetivo de discutir las necesidades actuales de la ciudad y sus líneas de desarrollo futuras. Durante el evento, se trasladó el debate a las universidades, a sus estudiantes y profesores, a través del Concurso Internacional Universitario de Anteproyectos (CIU), un laboratorio de experimentación, donde se abordaron desde las principales

problemáticas de los asentamientos humanos en zonas vulnerables, a propuestas de comunidades resilientes.

La ciudad de Guayaquil, con un área metropolitana cercana a 3.113.725 habitantes, y constituida por más de 60% de asentamientos humanos informales, según el Informe Nacional del Ecuador de 2016 presentado en Hábitat III, a través del Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda, fue contexto de reflexión para la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, permitiendo desarrollar proyectos de intervención en dichos asentamientos, propuestos por los estudiantes de los talleres de diseño de la Facultad de Arquitectura.

Entre los objetivos de la Nueva Agenda Urbana elaborada en el marco de Hábitat III, para el desarrollo sostenible de las ciudades, se propone, entre otros aspectos, reducir la desigualdad social, la pobreza, la inseguridad, la falta de acceso a las necesidades básicas; aspectos abordables desde la academia, a través de la producción de un espacio social de participación. Según los sociólogos, este concepto de espacio social abarca el conjunto de vínculos entre personas que definen la libertad de movimiento del hombre dentro de la sociedad, sus límites, un

...espacio concreto de los encuentros y relaciones con otros seres donde la espacialidad es social, el espacio social es espacialidad social. No es posible separar el espacio en tanto que dimensión psíquica (espacio abstracto) del espacio de la acción (espacio concreto). Su disociación sólo puede justificarse en una sociedad utilitarista en la que las relaciones sociales se han interrumpido, donde el espacio concreto tiene necesariamente un carácter antisocial (Constant, New Babylon, 1974, p.1).

Una ciudad informal es entendida como una ciudad vivida, practicada e itinerante frente a una ciudad formal, planificada y de estructuras permanentes. Se define así el espacio social de los asentamientos informales como una gran infraestructura, un sistema de espacios de indeterminada significación llamados *terrain vague* (Solá Morales, 2002), o espacios de oportunidad, para un ciudadano común (*homo ludens*), con capacidad de configurarse conjuntamente en un organismo vivo en continuo ajuste evolutivo.



Figura 1. Talleres participativos con la comunidad “Batallón del Suburbio”, Guayaquil, Ecuador.

Fuente: Nicole Loor, Andrés Vélez y Cesar Aguirre, Taller A. González, Facultad de Arquitectura y Diseño, UCSG, 2016.

El *homo ludens* o autor del juego, que surge producto de una sociedad moderna opulenta, capaz de resolver los mínimos necesarios mediante la creación de tipologías arquitectónicas y la optimización de recursos (como usuario-jugador), y posteriormente busca la diversidad, flexibilidad, individualidad y libertad (como creador-explorador) en una sociedad posmoderna automatizada, asume un nuevo rol (como facilitador-traductor) en el desarrollo de talleres de participación para la construcción de infraestructura social de una arquitectura de lo necesario.

Una arquitectura de procesos y sucesos, donde la necesidad de construirse, permite testar los constantes cambios y transformaciones.

En el mundo “real” los procesos son más importantes que los resultados. Los procesos son secuenciales y cada detalle tiene su propia importancia. Un proceso no puede ser descrito por ningún otro medio que a través de su “historia”, una secuencia cronológica de detalles” (Friedman, 2006, p.113).

La participación colectiva presente en los procesos de toma de decisiones sobre la ciudad permite construir democráticamente la sociedad que la habita. Esta colectividad que nace en la academia y se extiende a la comunidades como infraestructura social, suponen un motor de cambio en la construcción social del hábitat, y una red interconectada de canalización de información útil.

La arquitectura adquiere su condición social, para acercarse a las necesidades reales de una amplia mayoría, que bajo contextos de vulnerabilidad y escasez de recursos, utiliza los talleres participativos como mecanismo elemental (Aravena, 2014) de adaptabilidad y desarrollo evolutivo. Una semilla genérica lista para ser sembrada.

Referencias Bibliográficas

- Friedman, Y., (2006). *Pro Domo*. Barcelona: Ed. ACTAR.
- Huizinga, J., (2012). *Homo Ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Koolhaas, R. (2006). *La ciudad genérica*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Nieuwenhuys, C. (1974). “*New Babylon: a Nomadic Town*”. [En línea]. Recuperado el 14 de Febrero de 2013, de <http://www.notbored.org/new-babylon.html>
- Solà Morales, I. (2002). *Territorios*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Guayaquil del génesis. Guayaquil del éxodo. Los desbalances de la tierra prometida

Filberto Viteri Chávez



Figura 1. Collage de imágenes sobre la idea de la ciudad del Génesis y la ciudad del Éxodo.

Fuente: Filberto Viteri, 2016.

La dispersión urbana o *sprawl* —por su nombre en inglés—, es una patología de la ciudad post industrial que consiste en su expansión hacia la periferia, ocupando e incorporando territorios rurales adyacentes. Las áreas absorbidas son transformadas en desarrollos de baja densidad, generalmente conjuntos de viviendas unifamiliares. Las secuelas más visibles son el detrimento en la eficiencia de la infraestructura, el incremento en las distancias y recorridos intraurbanos y el aumento del tráfico vehicular.

Gran parte de los estudios realizados sobre el *sprawl* en Latinoamérica se han enfocado en la problemática social de los suburbios habitados por personas de escasos recursos económicos. Por el contrario, la escasez de datos sobre barrios de ingresos elevados es alarmante y mucho más dramática en la América andina —Venezuela, Colombia y Ecuador son los que presentan menos estudios al respecto— (Cabrales Barajas, 2002). Este ejemplo ilustra un enfoque unidireccional, que ha evitado analizar y comprender la interdependencia de fenómenos urbanos opuestos, en cuyo equilibrio estriba el desarrollo de la ciudad. Al considerar un enfoque sistémico, el caso de la expansión de Guayaquil permite distinguir dos fases claras: génesis y éxodo; ambas producto de dinámicas entre sistemas internos y externos que resultan antagónicos y complementarios a la vez.

La ciudad génesis se inicia, como en otras del continente, en los años 60 y 70 (Coy y Pohler, 2002), como consecuencia de migraciones nacionales internas. En un país subdesarrollado, una ciudad que se nutría del boom económico bananero y de la primera era petrolera, se oponía a un campo que permanecía olvidado por el don de la infraestructura pública. Como consecuencia, campesinos y habitantes de ciudades menores se vieron seducidos por la metrópoli. Su deseo en ese entonces pesó más que la reducción de escala del espacio (de la parcela agrícola al lote urbano), la precariedad de la vivienda palafítica, y la carencia del título legal que garantizara su propiedad. Al radicarse y multiplicarse, la ciudad creció en un área relativamente pequeña, confinada por manglares y cerros. Sin embargo, a partir de los años 80 y 90, con la crisis financiera de 1998-99, el paradigma cambió: en un país en vías de desarrollo, Guayaquil dejó de atraer migración en similar magnitud, perdió con Quito el título de capital financiera del Ecuador (Spurrier Baquerizo, 2013) y pasó a ahuyentar a su propia gente. La ciudad éxodo se forma en zonas productivas y sectores vírgenes alejados como producto del traslado de residentes desde los sectores ya consolidados, desbordándose fuera de los límites urbanos y las barreras naturales: la vía a Samborondón, por ejemplo, se estrena como zona residencial fruto de la desesperación de los mismos guayaquileños por huir de Guayaquil.

Al momento, ninguna de las dos parece balancear sus fuerzas internas. La ciudad del génesis reafirma políticas que consolidan su decadencia: el valor del suelo del casco central sigue disminuyendo en comparación al de los suburbios; las grandes terminales de transporte se renuevan sin conectarse entre sí, el período en que se implementa el sistema de Metrovía coincide vergonzosamente con el aumento del parque automotor privado (El Universo, 2011). En contraste, la ciudad del éxodo se empieza a afianzar perdiendo oportunidades que le aseguren un futuro más sustentable. Los muros de las ciudadelas cerradas incrementan la idea de seguridad, pero privan de libertad para desenvolverse dentro de ellas; el espacio público se concibe para no ser habitado, con el mero propósito del deleite visual.

A pesar del panorama, reconectar los sistemas en pro de la densificación por sobre la expansión no es complejo. Los sectores consolidados y nuevos asentamientos, que permanecen desvinculados en varios niveles, pueden incrementar su beneficio mutuo. Cada sector debe reconocer la vocación que le brinda su propia infraestructura, los recursos que posee y las características de sus habitantes. De esta forma, es posible pensar en barrios organizados en redes urbanas, cuyas unidades no compiten internamente, donde se promueven sistemas de ocupación del suelo más sustentables y sostenibles. Sería interesante imaginar cómo las brechas entre el Guayaquil del génesis y el Guayaquil del éxodo son suturadas por las economías informales, guiadas por políticas públicas responsables e incentivos privados en sectores estratégicos. Después de todo, no sería la primera vez que Guayaquil consolida la brecha entre la ciudad vieja y la ciudad nueva.

Referencias Bibliográficas

Cabral Barajas, L. (2002). *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*. UNESCO, Universidad de Guadalajara.

Coy, M., y Pohler, M. (2002). Gated Communities in Latin American Megacities: Case Studies in Brazil and Argentina. *Environment and Planning B: Planning and Design*, 29, pp. 355-370.

En 10 años el parque automotor creció un 113% y caotizó la ciudad. (17 de Julio de 2011). *El Universo*. Recuperado de www.eluniverso.com

Spurrier Baquerizo, W. (11 de Agosto de 2013). Las economías de Guayaquil y Quito. *El Universo*. Recuperado de www.eluniverso.com

Mecanismos del ecosistema urbano. La búsqueda de un modelo efectivo de vivienda social en Guayaquil

Félix Chunga de la Torre



Figura 1. Viviendas palafíticas sobre el Estero Salado en Guayaquil.

Fuente: Instituto de Hábitat y Diseño, UCSG, 2006.

A pesar de que durante las últimas décadas, América Latina y el Caribe ha presentado una desaceleración en el crecimiento urbano, mantiene su condición como la región más urbanizada del mundo, en donde “casi el 80% de su población vive actualmente en ciudades” (ONU – Hábitat, 2012, p. 17). Aquí se concentran ocho de los centros urbanos más grandes del mundo: Ciudad de México, Sao Paulo, Buenos Aires, Rio de Janeiro, Lima, Bogotá, Santiago y Belo Horizonte, todas con más de 5 millones de habitantes. Este desmesurado crecimiento se ha caracterizado por la aparición de asentamientos informales en ciudades que despuntan como polos de desarrollo. La

presencia de favelas, villas miseria, ranchos, invasiones, etc., ha marcado el crecimiento de las ciudades y agravado la situación de pobreza e inequidad en los centros urbanos.

La economía de la región experimentó una notable mejora durante la segunda mitad del siglo pasado; las economías nacionales aumentaron su aporte al PIB mundial sin que esto se vea mayormente reflejado en la calidad de vida de las poblaciones menos favorecidas. Por otro lado, los niveles de pobreza no sufrieron el mismo repunte en comparación con otras regiones. Países como Argentina, Chile y Uruguay tienen un nivel de pobreza “bajo”, sin embargo Bolivia, Guatemala, Paraguay y Haití son cuatro de los países con las más altas tasas de pobreza urbana en la región. No muy por debajo de estos casos se encuentra Ecuador, ocupando el octavo puesto, en donde el 40% de la población vive bajo la línea de la pobreza (ONU-Habitat, 2012).

Ecuador se caracteriza por tener historia de desarrollo bicéfalo, con su centro administrativo enraizado en la capital de la república y su centro económico en el puerto principal. En Guayaquil, el movimiento portuario y comercial fue el principal motivo del crecimiento horizontal ocupando la gran sabana hacia el Sur y talando manglares hacia el Oeste. El boom petrolero de los años 70 dio paso a la construcción de importantes proyectos de infraestructura vial y vivienda pública, proyectos que lo consolidaron como destino final de la población que dejó el campo en búsqueda de un mejor futuro. Esto, junto a la especulación del suelo, es lo que motivó la creación de los barrios informales o “invasiones” al Noroeste de la ciudad en terrenos no urbanizados y carentes de servicios básicos.

Los esfuerzos por dar cabida a esta población se vieron reflejados en la labor de la Junta Nacional de la Vivienda (JNV), que durante la década de los 70 se encargó de construir alrededor de 12,4 millones de viviendas dirigidas a la población menos favorecida del país (Huerta, 2013). Proyectos habitacionales de densidad media como los ubicados en la ciudadela La Atarazana, La Saiba, Las Acacias, La Pradera, Los Sauces y La Alborada son algunos de los proyectos emprendidos por la JNV durante esta década en asociación con la empresa privada. Aunque en esta década la promoción de vivienda social tuvo un empuje considerable, los proyectos de la JNV no pudieron satisfacer la demanda de vivienda de interés social de la época. Por el contrario, fueron ocupados por la clase media, por medio del endeudamiento con la banca privada o el Banco Ecuatoriano de la Vivienda.

Durante la década de los 80 y 90, el interés por el déficit de vivienda se mantuvo en los múltiples periodos de gobierno, tanto de derecha como de izquierda; sin embargo, las propuestas se concentraban en la legalización y provisión de servicios básicos en terrenos que habían sido previamente ocupados de manera informal. Hacia el Sur, en los barrios como “Las Malvinas”, FERTISA, Isla Trinitaria y Guasmo Sur se regularizó la propiedad de alrededor de 300.000 habitantes. En el Norte, los terrenos de Mapasingue y Prosperina buscaban dar abasto a las familias asentadas en terrenos privados en las faldas de los cerros.

En la actualidad, los asentamientos informales se ubican en el extremo Noroeste de la ciudad, ocupando una superficie de aproximadamente 300 ha. La provisión de vivienda social, aunque lejos de ser escasa, aun no encuentra un modelo efectivo que pueda darle solución a este problema y la sociedad ha tenido que irse acostumbrando a la informalidad como un mecanismo más del ecosistema urbano.

Referencias Bibliográficas

Huerta, F. (2013). *Sistematización de la información urbana de Guayaquil y desarrollo de una página web, período 1970-1990*. Proyecto de Investigación, Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, Guayaquil.

ONU-Habitat. (2012). *Estado de las ciudades de América Latina y el Caribe 2012*. Nairobi: ONU - Hábitat.

Sobre el patrimonio arquitectónico de Guayaquil.

Florencio Compte Guerrero

El concepto de patrimonio ha ido evolucionando con el tiempo. A medida que las sociedades van asignando nuevos valores al legado de su memoria, los criterios de valoración van ajustándose a esas nuevas realidades. Históricamente el término utilizado al hablar de protección del patrimonio edificado ha sido el de conservación, entendiéndose ésta como “... una serie de operaciones de mayor o menor profundidad que pretenden conservar testimonios arquitectónicos del pasado, tengan estos valores históricos, estéticos o simplemente de uso” (UNESCO, 1987). Si bien como disciplina la conservación es reciente, como práctica ha sido común a lo largo de la historia. La necesidad de dar mantenimiento, de arreglar, adecuar o reconstruir una edificación siempre ha estado presente, desde la antigüedad hasta hoy.

A mediados del siglo XIX se dan las primeras polémicas sobre los alcances y límites de las intervenciones en los monumentos. Significativas fueron las posturas extremas de Eugene Viollet-Le-Duc para quien la restauración significaba “...devolver al edificio el estado que pudo haber tenido” o de John Ruskin, quien en la línea del romanticismo inglés, planteaba que se debía “...dejar que los edificios mueran dignamente” y que cualquier intervención era tan imposible “... como resucitar un muerto”. No tardó en surgir una teoría conciliadora defendida por Camillo Boito, sobre la actuación mínima, la necesidad de destacar lo auténtico y de hacer evidentes y diferenciadas las intervenciones efectuadas. Es ésta la que ha servido de pauta para las visiones contemporáneas sobre conservación y como inspiradora a las declaratorias, documentos y reglamentaciones más importantes.

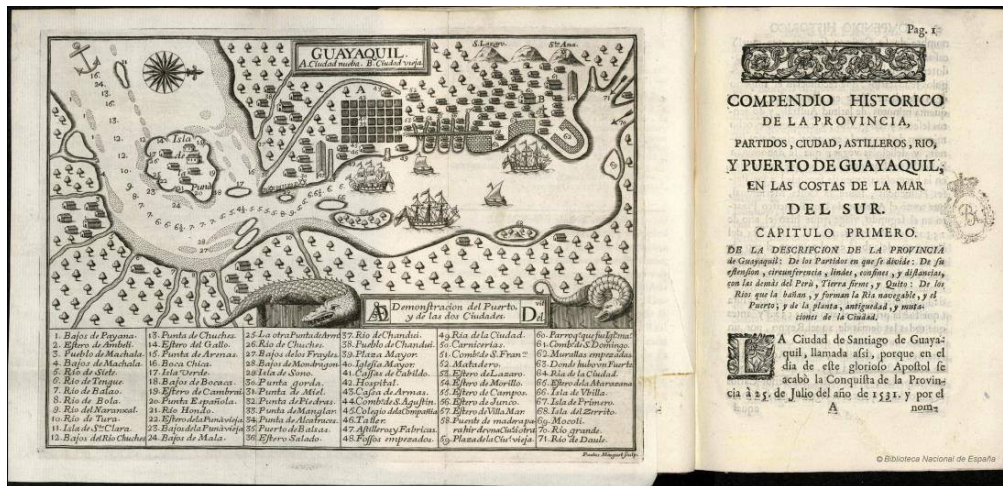


Figura 1. Plano de la ciudad de Guayaquil en el que se muestran las dos Ciudades la “Ciudad Vieja” y la “Ciudad Nueva”.

Fuente: Paulus Minguet, 1741.

En la actualidad se da una dimensión mayor al concepto de patrimonio, al vincularlo con la identidad de los pueblos y al ser expresión objetiva y material de los valores constitutivos y diferenciales de una comunidad. Una de las definiciones contemporáneas más claras del patrimonio arquitectónico consta en el Documento Regional del Cono Sur sobre autenticidad, donde se expresa que “Los edificios y sitios son objetos materiales portadores de un mensaje o argumento cuya validez, en un marco de contexto social y cultural determinado y de su comprensión y aceptación por parte de la comunidad, los convierte en patrimonio” (ICOMOS, 1995).

En el Complemento a la Carta de Venecia suscrito en los años 1983-1984, se definió a los centros históricos “...como una combinación particular de monumentos históricos de valor social, económico, cultural y arquitectónico, concentrados dentro de un área específica” y, aclaraba además, que “El concepto ‘histórico’ no deberá limitarse a ningún período en particular, y no deberá excluir conjuntos que daten de períodos recientes”. En esa línea de pensamiento se ha ido creando conciencia sobre la necesidad de reflexionar, por ejemplo, en el aporte de la arquitectura del siglo XX como un legado relevante y digno de ser evaluado y preservado.

Entre los temas de debate que sobre la arquitectura de Guayaquil se plantea es si ésta posee valores patrimoniales o si la ciudad tiene un centro histórico con características y límites definidos. Al ser Guayaquil una ciudad reconstruida luego del incendio de 1896 y no contar por tanto con arquitectura colonial, muchas de sus edificaciones de valor que se enmarcan en lineamientos de la arquitectura moderna han quedado al margen de las consideraciones establecidas para que sean consideradas de valor patrimonial. Por otro lado, la definición tradicional de centro histórico como el espacio urbano donde se concentran arquitecturas y elementos provenientes de momentos del pasado con características definidas y diferenciadas, excluiría a Guayaquil de esas consideraciones, por su característica de poseer edificaciones de valor, aunque dispersas y heterogéneas.

Si bien el crecimiento de Guayaquil, los desastres históricos, la especulación inmobiliaria, la renovación urbana y la legislación municipal, sumados al descuido y al abandono, han determinado la pérdida de testimonios valiosos de la arquitectura del pasado y la coexistencia de lo que aún perdura con edificios contemporáneos, el centro histórico de la ciudad mantiene aún su valor simbólico, ya que aún concentra las principales actividades administrativas, comerciales y financieras y los principales monumentos, plazas y parques de contenido histórico. La ciudad posee, además, un valioso patrimonio moderno que se inicia tempranamente a inicios de la década de 1930 que debe ser estudiado y preservado acorde a sus particularidades y desarrollo histórico.

Referencias Bibliográficas

Carta de Brasilia, Brasilia, V Encuentro Regional del ICOMOS, 1995.

Carta de la conservación y restauración de los objetos de arte y de la cultura, UNESCO, 1987.

La ciudad de los estudiantes informales Ignacio de Teresa Fernández - Casas

Al poco de llegar a Guayaquil hicimos un ejercicio con los estudiantes de primer año, en el que cada uno tenía que proyectar una ciudad con capacidad para crecer, partiendo de un punto que elegirían individualmente sobre la pared. A medida que crecían las viviendas, se acercaban a sus vecinas, generando tensiones y oportunidades; y empezaron a aparecer acuerdos entre los estudiantes, lo que permitió al cabo de unos días diferenciar en la pared tres modelos de organización diferentes.



Figura 1. Ejercicio del taller de Diseño en el que se observan las ciudades generadas por los estudiantes.

Fuente: Ignacio de Teresa, 2014.

En el modelo central, habían nombrado rápidamente un jefe de grupo que velaría a partir de entonces por la buena nota de todo el equipo, conseguida mediante la construcción orgullosa de estadios y teatros, representados mediante grandes manchas de color repartidas equitativamente por la pared. En la parte derecha, se formó una agrupación en la que los estudiantes habían decidido, insatisfechos con lo que proponía la ciudad central, distanciarse de ésta, y encerrarse al resguardo de un perímetro bien definido, que les aseguraría conservar los ideales que estaban construyendo. Y a la izquierda de la pared, comenzó a aparecer, varios días más tarde, una tercera ciudad, en donde a primera vista, los estudiantes no habían conseguido ponerse de acuerdo; no había un plan de organización, ni límites, ni estructura urbana aparente. No había jefe de grupo, ni asociaciones evidentes entre las casas. Cada uno de los estudiantes ampliaba el proyecto por su cuenta, tomando decisiones individuales.

Se formaron así tres ciudades representativas de Guayaquil, y probablemente de cualquier metrópolis cálida: la ciudad central, gobernada por el municipio; la de la derecha, regulada por un grupo de insatisfechos, alejada del centro y enclaustrada, como las ciudadelas amuralladas de las familias de mayor nivel adquisitivo; y la ciudad informal de la izquierda de la pared, en la que el urbanismo se construía casa a casa, regido por los intereses particulares de cada uno de sus habitantes. Se encontraban de esta manera en una misma pared tres sistemas de regulación urbana diferentes y complementarios: público, colectivo, y privado.

Las pegatinas de diferentes colores (cada uno significando un uso: habitacional, deportivo, cultural, comercial, etc.), se agrupaban en la parte central y derecha formando manchas ordenadas (equipamientos colectivos), mientras que en la izquierda dibujaban un punteado irregular que dejaba entrever algunas concentraciones de color. Estas manchas irregulares formaban zonas temáticas producidas por los pequeños acercamientos, o acuerdos casi inconscientes entre personas, en lugar de ser decididas por los representantes electos de cada ciudad. Las concentraciones sustituyeron así a la zonificación, y las aglomeraciones, a los centros (comerciales, financieros...), y de esta forma, las decisiones aparentemente anárquicas tomadas a nivel local, empezaron a tener coherencia a nivel global, dando lugar a un sistema emergente producido por la informalidad de algunos estudiantes. (Johnson, 2003).

Al no haber un plan, cada vez que una nueva pegatina era colocada, podía leer desde cero la situación inicial, y al mismo tiempo influir inevitablemente en su entorno inmediato, redefiniendo las nuevas condiciones de partida. Esta capacidad para retroalimentarse, permitía al sistema aprender de sus errores o aciertos, y adaptarse. Las otras dos ciudades pronto estuvieron acabadas, se quedaron sin energía, y los estudiantes se desinteresaron y pidieron cambiar de ejercicio. El diseño había acabado con todo lo demás. Pero la otra ciudad no moría. Todo iba progresivamente cambiando, abriendo nuevas opciones, e ilusionando a los estudiantes; como en un juego abierto y acumulativo, opuesto al carácter cronometrado y complaciente de las otras ciudades.

En esta tercera ciudad (haciendo referencia al concepto de "Tercer Jardín", de Gilles Clément (2010), en el que el jardín es observado por su dueño sin querer intervenir en contra de su desarrollo natural), quizás el éxito estuviera en los pocos elementos que habían formado el ejercicio: un muro (como infraestructura urbana) suficientemente capaz, unas piezas de juego (etiquetas) suficientemente bien construidas, y unas reglas lo suficientemente abiertas; o puede que dependiera sobretodo de los estudiantes, que no eran vagos, sino pacientes; los que —como enuncia el taoísmo— querían "actuar solo para cortar demasías," porque "quien queriendo conquistar el Imperio (el mundo) se pone a trabajar para lograrlo; a mi parecer, no lo conseguirá" (Lao Tse, 2006). Me gusta pensar que aquella clase era una pequeña muestra representativa de la ciudad de Guayaquil, en la que elegir un tipo de ciudad u otra, era cuestión de intereses, y no sólo de "clase".

Referencias Bibliográficas

Clément, G. (2010) Trabajar con (y nunca en contra) de la naturaleza. En: J. García - Germán (ed.) *De lo mecánico a lo termodinámico: por una definición energética de la arquitectura y del territorio*. Barcelona: GG.

Johnson, S. (2003). *Sistemas emergentes o qué tienen en común las hormigas, las ciudades y el software*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Lao Tsé. (2006). *Tao Te Ching*. Barcelona: Ediciones Folio.